

otros autores, en algunas cosas ó generales ó particulares : *¿ sed quid indè?*  Luego por esto solo podrá confundirse una obra con otra. *¿ En qué tribunal se puede dar semejante sentencia?*  La obra de Enodio, como de autor católico y religioso, es de creer que contiene muchísimas cosas buenas, inocentes, pias, verdaderas y probables; y tambien es de creer, que en estas se hallen algunas otras conocidamente falsas, duras, indignas, sin explicacion ni pruebas, etc., pues por algo ha sido reprehendida. De este antecedente justo y racional, lo que se sigue únicamente es, que cualquiera que convenga con este autor en aquellas mismas cosas que son reprehensibles, merecerá sin duda la misma reprehension: la cual no merecerá, ni se le podrá dar sin injusticia, si solo conviene en cosas indiferentes ó buenas, ó verdaderas ó probables. *¿ No lo dicta así invenciblemente la pura razon natural?*

En suma, la conclusion sea: que la obra de Enodio, y la mía, siendo dos obras diversísimas, y de diversos autores, deben examinarse separadamente, y dar á cada una lo

que le toca, segun su mérito ú demérito particular. Ni aquella se puede examinar ni juzgar por esta, ni esta por aquella. Esta especie de juicio repugna esencialmente á todas las leyes naturales, divinas y humanas. Fuera de que yo nada afirmo de positivo, sino que propongo solamente á la consideracion de los inteligentes, proponiéndoles al mismo tiempo con la mayor claridad de que soy capaz las razones en que me fundo, y sujetándolo todo de buena fe al juicio de la Iglesia *cujus est judicare de vero sensu Scripturarum Sanctarum*. Al juicio de los doctores particulares tambien estoy pronto á sujetarme despues que haya oido sus razones.

# LA VENIDA DEL MESIAS

## EN GLORIA Y MAGESTAD.

OBSERVACIONES DE JUAN JOSAFAT, HEBREO CRISTIANO,  
DIRIGIDAS AL SACERDOTE CRISTÓFILO.

---

### DISCURSO PRELIMINAR.

---

VENCIDO ya de vuestras instancias, amigo y señor mio Cristófilo, y determinado, aunque con suma repugnancia, á poner por escrito algunas de las cosas que os he comunicado, me puse ayer á pensar ¿qué cosas en particular habia de escribir, y que orden y método me podria ser mas útil, asi para facilitar el trabajo, como para explicarme con libertad? Despues de una larga meditacion en que ví presentarse confusamente muchísimas ideas, y en que nada pude ver con distincion y claridad, conociendo que perdía el tiempo, y me fatigaba inútilmente, procuré por entonces mudar de pen-

samientos. Para esto abrí luego la Biblia, que fue el libro que hallé mas á la mano, y aplicando los ojos á lo primero que se puso delante, leí estas palabras con que empieza el capítulo XIX de la espístola ad Romanos. *Veritatem dico in Christo, non mentior, testimonium mihi perhibente conscientia meá in Spiritu Sancto: quoniam tristitia mihi magna est, et continuus dolor cordi meo: optabam enim eo ipse anathema esse á Christo pro fratribus meis, qui sunt cognati mei secundum carnem: qui sunt Israélite: quorum adoptio est filiorum, et gloria, et testamentum, et legislatio, et obsequium, et promissa; quorum Patres, et ex quibus est Christus secundum carnem, etc.* Con la consideracion de estas palabras, no tardaron mucho en excitarse en mí aquellos sentimientos del apóstol, mas viendo que el corazon se me oprimia avivándose con nueva fuerza aquel dolor, que casi siempre me acompaña, cerré tambien el libro, y me salí á desahogar al campo. Allí, pasado aquel primer tumulto, y mitigado un poco aquel ahogo, comencé á dar lugar á varias reflexiones.

¿ Con qué es posible ( me acuerdo que decia ), con qué es posible que el pueblo de Dios, el pueblo santo, la casa de Abraham, de Isaac y de Jacob, hombres los mas ilus-

tres, los mas justos, los mas amados y privilegiados de Dios, con cuyo nombre el mismo Dios es conocido de todos los siglos posteriores, diciendo: *Ego sum Deus Abraham, Deus Isaac, et Deus Jacob: hoc nomen mihi est in æternum, et hoc memoriale meum in generationem, et generationem* (1). Un pueblo que habia nacido, se habia sustentado, y crecido con la fe y esperanza del Mesías; un pueblo preparado de Dios para el Mesías con providencias y prodigios inauditos por espacio de dos mil años: que este pueblo de Dios, este pueblo santo tuviese en medio de sí á este mismo Mesías, por quien tantos siglos habia suspirado: que lo viese por sus propios ojos con todo el esplendor de sus virtudes: que oyese su voz y sus palabras de vida, siempre admirado, suspenso y como encantado, *in verbis gratiæ, quæ procedebant de ore ipsius* (2). Que admirase sus obras prodigiosas, diciendo y confesando: *benè omnia fecit; et surdos fecit audire, et mutos loqui* (3). Que recibiese de su bondad toda suerte de beneficios, y de beneficios continuos asi espirituales como corporales, etc.

(1) Exod., c. III, v. 6 y 15.

(2) Luc., c. IV, v. 22.

(3) Mar., c. 7, v. 37.

Y que con todo eso no lo recibiese? ¿ Con todo eso lo desconociese? ¿ Con todo eso lo persiguiese con el mayor furor? ¿ Con todo eso lo mirase como un seductor, como un iniquo, y como tenia anunciado Isaías (1), *cum sceleratis reputatus*? ¿ Con todo eso, en fin, lo pidiese á grandes voces para el suplicio de la cruz? Cierto que han sucedido en esta nuestra tierra cosas verdaderamente increíbles, al paso que ciertas y de la suprema evidencia.

Mas de este sumo mal, infinitamente funesto y lamentable, proseguia yo discurriendo, ¿ quién sería la verdadera causa? ¿ Serian acaso los publicanos, los pecadores, las meretrices por no poder sufrir la santidad de su vida, ni la pureza y perfeccion de su doctrina? Parece que no: pues el Evangelio mismo nos asegura que: *erant appropinquantés et publicani, et peccatores, ut audirent illum*: y esto era lo que murmuraban los escribas y fariseos: *et murmurabant pharisæi, et scribæ dicentes: quia hic peccatores recipit, et manducat cum illis*: y en otra parte: *hic si esset propheta, sciret utique, quæ et qualis est mulier, quæ tangit*

(1) Isaías, c. 53, v. 12.

*eum, quia peccatrix est* (1). ¿ Sería acaso la gente ordinaria, ó la ínfima plebe siempre ruda, grosera y desatenta? Tampoco; porque antes esta plebe no podia hallarse sin él; esta lo buscaba y lo seguia hasta en los montes y desiertos mas solitarios: esta lo aclamaba á gritos por hijo de David, y rey de Israel, esta lo defendía y daba testimonio de su justicia; y por temor de esta plebe no lo condenaron antes de tiempo: *timebant verò plebem*.

No nos quedan pues otros sino los sacerdotes, los sabios y doctores de la ley en quienes estaba el conocimiento y el juicio de todo lo que tocaba á la religion. Y en efecto, estos fueron la causa y tuvieron toda la culpa. Mas en esto mismo estaba mi mayor admiracion. *In hoc enim mirabile est*, les decia aquel ciego de nacimiento: *quia vos nescitis unde sit, et aperuit meos oculos* (2). Estos Sacerdotes, estos doctores, ¿ no sabian lo que creian? ¿ No sabian lo que esperaban? ¿ No leían las Escrituras de que eran depositarios? ¿ Ignoraban, ó era bien que ignorasen que aquellos eran los tiempos en que debia manifestarse el Mesías, según las mismas Escri-

(1) Luc., c. xv, v. 1; c. vii, v. 39.

(2) Joan., c. ix, v. 30.

turas? (1) ¿No eran testigos oculares de la santidad de su vida, de la excelencia de su doctrina, de la novedad, multitud y grandeza de sus milagros? Si: todo esto es verdad; mas ya el mal era incurable; porque era antiguo: no comenzaba entonces, sino que venia de mas lejos: ya tenia raices profundas.

En suma el mal estaba en aquellas ideas tan extrañas y tan ajenas de toda la Escritura, que se habian formando del Mesías: las cuales ideas habian bebido, y bebian frecuentemente en los intérpretes de la misma Escritura. Estos intérpretes, á quienes honraban con el título de rabinos, ó maestros por excelencia, ó de señores, tenían ya mas autoridad entre ellos que la Escritura misma. Y esto es lo que reprehendió el mismo Mesías, citándoles las palabras del capítulo 29 de Isaiás. *Hipocritæ, benè prophetavit de vobis Isaiás, dicens: populus hic labijs me honorat, cor autem eorum longè est à me. Sine causâ autem colunt me, docentes doctrinas, et mandata hominum. Relinquentes enim mandatum Dei, tenetis traditionem hominum.... Benè irritum facitis præceptum Dei, ut traditionem vestram servetis* (2).

(1) Gen., XLIX, v. 10; Dan., IX, v. 25.

(2) Math., XV, v. 7, 8, y 9. Marc., c. VII, v. 8 y 9.

Pues estos son, concluia yo, estos son ciertamente los que nos cegaron y los que nos perdieron. Estos son aquellos doctores y legisperitos, que habiendo recibido, y teniendo en sus manos la llave de la ciencia, ni ellos entraron, ni dejaron entrar á otros. *Væ vobis legisperitis, quia tulistis clavem scientiæ; ipsi non introistis, et eos qui introibant prohibuistis* (1). En las Escrituras estan bien claras las señales de la venida del Mesías, y del Mesías mismo. Su vida, su predicacion, su doctrina, su justicia, su santidad, su bondad, su mansedumbre, sus obras prodigiosas, sus tormentos, su cruz, su sepultura, etc. Mas como al tiempo se lee en las mismas Escrituras, y esto á cada paso, otras cosas infinitamente grandes y magnificas de la misma persona del Mesías, tomaron nuestros doctores con suma indiscrecion estas solas, componiéndolas á su modo, y se olvidaron de las otras, y las despreciaron absolutamente como cosas poco agradables. ¿Y qué sucedió? Vino el Mesías, se oyó su voz, se vió su justicia, se admiró su doctrina, sus milagros, etc. El mismo los remitia á las Escrituras, en las cuales como en un espejo fidelísimo lo podian ver retratado con suma

(1) Luc., c. XI, v. 52.

perfeccion. *Scrutamini Scripturas.... et illæ sunt quæ testimonium perhibent de me* (1). Pero todo en vano. Como ya no habia mas Escritura que los rabinos , ni mas ideas del Mesías que las que nos daban nuestros doctores ; ni los mismos escribas , y fariseos , y legisperitos , conoçian otro Mestas que el que hallaban en los libros y en las tradiciones de los hombres , fué como una consecuencia necesaria que todo se errase , y que el pueblo ciego , conducido por otro ciego , que era el sacerdocio , cayese junto con él en el precipicio. *Numquid potest cæcus cæcum ducere ? Nonne ambo in foveam cadunt* (2) ?

Ahora , amigo mio , dejando aparte y procurando olvidar del todo unas cosas tan funestas y tan melancólicas , que no nos es posible remediar , volvamos todo el discurso hácia otra parte. Si yo me atreviese á decir que los cristianos en el estado presente , no estamos tan léjos como se piensa de este peligro , ni tan seguros de caer en otro precipicio semejante , pensariais sin duda que yo burlaba , ó que acaso queria tentaros *in enigmatibus* , como la reyna Sába á Salomon. Mas si vieraís que hablaba seriamente sin equívoco ni enigma , y que me tenia en lo dicho ,

(1) Joan., c. v. v. 39. (2) Luc. , c. vi, v. 39.

paréceme que al punto firmáras contra mi la sentencia de muerte , clamando á grandes voces *lapidetur* : y tratándome vos mismo ; tirándome no obstante nuestra amistad la primera piedra. Pues , Señor , aunque llueven piedras por todas partes , lo dicho dicho : la proposicion la tengo por cierta , y el fundamento me parece el mismo sin diferencia alguna sustancial : Oid ahora con bondad , y no os asusteis tan al principio.

Asi como es cierto , y de fe divina que el Mesías prometido en las santas Escrituras vino ya al mundo , asi del mismo modo es cierto y de fe divina que habiéndose ido al cielo despues de su muerte y resurreccion , otra vez ha de venir al mismo mundo de un modo infinitamente diverso. Segun esto creemos los christianos dos venidas , como dos puntos esenciales y fundamentales de nuestra religion : una que ya sucedió , y cuyos efectos admirables vemos y gozamos hasta el dia de hoy : otra que sucederá infaliblemente , no sabemos cuando. De esta pues os pregunto yo : ¿ si estas ideas son tan ciertas , tan seguras y tan justas , que no haya cosa alguna que temer ni que dudar ? Naturalmente me direis que si : creyendo buenamente que todas las ideas que tenemos de esta segunda venida del Mesías son tomadas fielmente de las santas

Escrituras, de donde solamente se pueden tomar; *Amen sic faciat Dominus, suscitet Dominus verba tua quæ prophetasti* (1).

No obstante yo os pregunto á vos mismo, con quien hablo en particular: ¿si con vuestros propios estudios, trabajos y diligencia habeis sacado estas ideas de las santas Escrituras? Asi parece que lo debemos suponer: pues siendo sacerdote, y teniendo como tal ó debiendo tener la llave de la ciencia, apenas podreis tener alguna excusa en iros á buscar otras cisternas no tan seguras, pudiendo abrir la puerta, y beber el agua pura en su propia fuente. Mas el trabajo es, que no podemos suponerlo así, porque sabemos todo lo contrario por vuestra propia confesion. ¿Qué necesidad hay, decís con fiadamente, de que cada uno en particular se tome el grande y molestísimo trabajo de sacar en limpio lo que hay encerrado en las santas Escrituras, cuando este trabajo nos lo han ahorrado tantos doctores que trabajaron en esto toda su vida? Y si yo os vuelvo á preguntar, si estais cierto y seguro como lo pide un negocio tan grave, que son ciertas y justas todas las ideas que hallais en los doctores sobre la segunda venida del Mesías, temo mucho que no os digneis

---

(1) Jerem,

de responderme, tratándome de impertinente y de necio. Mas yo, por eso mismo os muestro al punto como con la mano aquel mismo peligro de que hablamos, y aquel precipicio mismo en que cayeron mis judios.

Uno de los grandes males que hay ahora en la Iglesia, por no decir el mayor de todos, paréceme que es la negligencia, el descuido, y aun el olvido casi total en que se vé el sacerdocio del estudio de la sagrada Escritura. Del estudio, digo, formal, no de una leccion superficial. Vos mismo podeis ser buen testigo de esta verdad: pues siendo sabio, y como tal aplicado á la bella literatura, habeis tratado y tratais con toda suerte de literatos: entre todos estos, ¿quántos escriturarios habeis hallado? ¿Cuántos que siquiera alguna vez abran este libro divino? ¿Cuántos que le hagan el pequeño honor de darle lugar entre los otros libros? Acuérdomé apropósito de lo que en cierta ocasion oí decir á un sabio de estos; esto es que la Escritura divina, aunque digna de toda veneracion, no era ya para estudio formal, especialmente en nuestro siglo, en que se cultivan tantas ciencias admirables, llenas de amenidad y utilidad. Que basta leer lo que cada dia ocurre en el oficio, y caso que se ofreciese dificultad sobre algun punto particular, se debia recurrir

no á la Escritura misma, sino á alguno de tantos intérpretes como hay. En fin, concluyó este sabio diciendo y defendiendo, que el estudio formal de la Escritura le parecia tan inútil como seco é insulso. Palabras que me hicieron temblar, porque me dieron á conocer, ó me afirmaron en el conocimiento que ya tenia del estado miserable en que están, generalmente hablando, nuestros sacerdotes; y por consiguiente los que dependemos de ellos. *¿ Si sal infatuatum fuerit, in quo salietur?*

Mas volviendo á nuestro asunto, me atrevo, Señor, á deciros, y tambien á probaros en toda forma, que las ideas de la segunda venida del Mesías, que nos dan los intérpretes, cuanto al modo, duracion y circunstancias, y que tenemos por tan ciertas y tan seguras, no lo son tanto que no necesiten de exámen: y este exámen no parece que puede hacerse de otro modo, sino comparando dichas ideas con la Escritura misma, de donde las tomaron ó las debieron tomar. Si esta diligencia hubieran practicado nuestros escribas y fariseos, cuando el Señor mismo los remitía á las Escrituras, ciertamente hubieran hallado otras ideas infinitamente diversas de las que hallaban en los rabinos, y es bien creible que « hubieran errado tan monstruosamente.

¿ Qué quieres, amigo, que te diga? Por grande que sea mi veneracion y respeto á los intérpretes de la Escritura, hombres verdaderamente grandes, sapientísimos, eruditísimos y llenos de piedad, no puedo dejar de decir lo que en el asunto particular de que tratamos veo y observo en ellos con grande admiracion. Los veo, digo, ocupados enteramente en el empeño de acomodar toda la Escritura santa, en especial lo que es profecía á la primera venida del Mesías, y á los efectos ciertamente grandes y admirables de esta venida, sin dejar ó nada, ó casi nada para la segunda, como si solo se tratase de dar materia para discursos predicables, ó de ordenar algun oficio para tiempo de adviento. Y esto con tanto zelo y fervor, que no reparan tal vez, ni en la impropiedad, ni en la violencia, ni en la frialdad de las acomodaciones, ni en las reglas mismas que han establecido desde el principio, ni tampoco (lo que parece mas extraño), tampoco reparan en omitir algunas cosas olvidando ya uno, ya muchos versículos enteros como que son de poca importancia; y muchas veces son tan importantes que destruyen visiblemente la exposicion que se iba dando.

Por otra parte los veo asentar principios, y dar reglas ó cánones para mejor inteligencia



de la Escritura; mas por poco que se mire, se conoce al punto que algunas de estas reglas, y no pocas son puestas á discrecion, sin estribar en otro fundamento que en la exposicion misma, ó inteligencia que ya han dado, ó pretenden dar á muchos lugares de la Escritura bien notables. Y si esta exposicion, esta inteligencia es poco justa, ó muy agena de la verdad (como sucede con bastante frecuencia) ya tenemos reglas propísimas para no entender jamas lo que leemos en la Escritura. De aqui han nacido aquellos sentidos diversos de que muchos abusan para refugio seguro en las ocasiones; pues por claro que parezca el texto, si se opone á las ideas ordinarias, tienen siempre á la mano su sentido alegórico: y si esto no basta; viene luego á ayudarlo el anagógico, á los cuales se añade el tropológico, místico, acomodaticio, etc., haciendo un uso frequentísimo ya de uno, ya de otro, ya de muchos á un mismo tiempo: subiendo de la tierra al cielo con grande facilidad, y con la misma bajando del cielo á la tierra al instante siguiente: tomando en una misma individua profecía, en un mismo pasage, y tal vez en un mismo versículo, una parte *literaliter*, otra *alegoricè*, otra *anagogicè*, y componiendo de varios retazos diversísimos una cosa, ó un todo que al fin no se

sabe lo que es: y entre tanto la divina Escritura, el libro verdadero, el mas venerable, el mas sagrado, queda expuesto al fuego, ó agudeza de los ingenios, á quien acomoda mejor, como si fuese libro de enigmas.

No por eso penseis, Señor, que yo repruebo absolutamente el sentido alegórico ó figurado (lo mismo digo á proporcion de los otros sentidos). El sentido alegórico en especial, es muchas veces un sentido bueno y verdadero, al cual se debe atender en la misma letra, aunque sin dejarla sabemos por testimonio del apóstol S. Pablo que muchas cosas que se hallan escritas en los libros de Moysés, eran figura de otras muchas que despues se verificaron en Cristo: y el mismo apóstol en la epístola ad Gálatas, capítulo cuatro, habla de dos testamentos figurados en las dos mugeres de Abraham y en sus dos hijos, Ismaél é Isaac, y añade, *quæ sunt per allegoriam dicta*: mas como sabemos por otra parte que las epístolas de S. Pablo son tan canónicas como el Génesis y Exodo, quedamos ciertos y seguros, no menos de la historia, que de su aplicacion; ni por esta explicacion, ó alegoría ó figura, dejamos de creer que las dos mugeres de Abraham, Agar y Sara, eran dos mugeres verdaderas: ni que las cosas que fueron figuradas, dejasen de ser ó suceder así á

la letra, como se leen en los libros de Moysés. No son así los sentidos figurados que leemos, no solamente en Orígenes (á quien por esto llama san Gerónimo, *allegoricus semper interpretres*: y en otras partes, *allegoricus noster*): sino en toda suerte de escritores eclesiásticos, así antiguos como modernos: los cuales sentidos muchísimas veces no dejan lugar alguno, antes parece que destruyen enteramente el sentido historial, esto es, el obvio literal. Y aunque regularmente dicen verdades, se ve no obstante con los ojos, que no son verdades contenidas en aquel lugar de la Escritura sobre que hablan, sino tomadas de otros lugares de la misma Escritura, entendida en su sentido propio, obvio, y natural literal; y ellos mismos confiesan, como una verdad fundamental, que solo este sentido es el que puede establecer un dogma, y enseñar una verdad.

Con todo esto, dice un autor moderno, la Escritura divina no se ha explicado hasta ahora de otro modo, de como se explicó en el cuarto y quinto siglo: esto es, de un modo más concionatorio, que propio y literal: ó por un respeto no muy bien entendido á la antigüedad, ó también por ser un modo más fácil y cómodo: pues no hay texto alguno, por oscuro que parezca, que no pueda ad-

mitir algun sentido, y esto basta. Esta libertad de explicar la Escritura divina en otros mil sentidos, dejando el literal, ha llegado con el tiempo á tal exceso, que podemos decir, sin exageracion, que los escritores mismos la han hecho inaccesible, y en cierto modo despreciable. Son estas expresiones, no mías, sino del sabio poco ha citado (1). Inaccesible á aquellas personas religiosas y pías, que tienen hambre y sed de las verdades que contienen los libros sagrados, por el miedo de caer en grandes errores, que los doctores mismos les ponderan, si se atreven á leer estos libros sagrados sin luz y socorro de sus comentarios, tantos y tan diversos, y como en estos comentarios tantos y tan diversos, lo que más falta y se hecha menos, es la Escritura misma, que no pocas veces se ve sacada de su propio lugar, y puesta otra cosa diferente, parece preciso, que á lo menos una gran parte de la Escritura, en especial una parte tan principal como es la profecía, quede escondida y como inaccesible, á los que con buena fe y óptima intencion desean estudiarla: *ipsi non introistis, in eos qui introibant, prohibuistis*. Lo que si bien es falso ha-

---

(1) Fleuri, discurso V, sobre la Historia eclesiástica.

blando en general, á lo menos en el punto presente me parece cierto por mi propia experiencia.

Los comentadores, hablando en general, no entraron ciertamente en muchos misterios bien sustanciales y bien claros, que se leen y repiten de mil maneras en los libros sagrados. Esto es mal y no pequeño: mas el mayor mal está en que prohiban la entrada, y cierren la puerta á otros muchos que pudieran entrar: dándoles á entender, y tal vez persuadiéndoles con sumo empeño, que aquellos misterios de que hablo son peligro, son error, son sueños, son delirios, etc., que aunque en las Escrituras parezcan expresos y claros, no se pueden entender así, sino de otro modo, ó de otros cien modos diversos, segun diversas opiniones; menos de aquel modo, y en aquella forma en que los dictó el Espíritu Santo. Y si á personas religiosas y pias la Escritura divina se ha hecho en gran parte inaccesible por los comentadores mismos, á otras menos religiosas y menos pias, en especial en el siglo que llamamos de las luces, se ha hecho tambien nada menos que despreciable; pues se les ha dado ocasion mas suficiente para pensar, y tal vez lo dicen con suma libertad, que la Escritura divina es, cuando menos, un libro inútil; pues nada significa

por sí mismo, ni se ha de entender como se lee, sino de otro modo diverso, que es necesario adivinar; en fin que cada uno es libre para darle el sentido que le parece. Así el temor respetuoso de los unos, y el desprecio impío de los otros, han producido por buena consecuencia un mismo efecto natural: esto es, renunciar enteramente al estudio de la Escritura, lo que en nuestros dias parece que ha llegado á lo sumo.

Todo esto que acabo de apuntar, aunque en general y en confuso, me persuado que os parecerá duro é insufrible, mucho mas en la boca ó pluma de un misero judío. Vuestro enfado deberá crecer al paso que fuéremos descendiendo al exámen de aquellas cosas particulares, tampoco examinadas, aunque generalmente recibidas; pues en estas cosas particulares de que voy á tratar, pienso, Señor, apartarme del comun sentir, ó de la inteligencia comun de los expositores, y en tal cual cosa tambien de los teólogos. Esta declaracion precisa y formal, que os hago desde ahora, y que en adelante habéis de ver cumplida con toda plenitud, me hace naturalmente temer el primer ímpetu de vuestra indignacion, y me obliga á buscar algun reparo contra la tempestad: digo contra la censura fuerte y dura que ya me parece oigo antes de tiempo.